

# LECTURAS TRANSATLÁNTICAS. LAS LETRAS ESPAÑOLAS EN *EL INICIADOR* (MONTEVIDEO, 1838-1839)

Luis Marcelo MARTINO

*luis.marcelo.martino@gmail.com*

CONICET — Universidad Nacional de Tucumán (Argentina)

## Resumen

*El Iniciador. Periódico de Todo y para Todos* es un quincenario en el que colaboran varios intelectuales argentinos pertenecientes a la llamada «generación del 37» o «generación romántica». La cultura española constituye un tópico significativo en el programa político y estético de estos letrados. Nuestro trabajo se propone determinar las complejas posturas frente a la literatura española que se ponen de manifiesto en *El Iniciador*.

**Palabras clave:** Romanticismo, Literatura española, Prensa periódica.

## Abstract

For *El Iniciador. Periódico de Todo y para Todos*, a bimonthly magazine, write several Argentinian intellectuals of the so called «generation of '37» or «romantic generation». The Spanish culture is a significant topic of the political and aesthetic program of these intellectuals. The purpose of our work is to identify the complex positions on Spanish literature revealed in *El Iniciador*.

**Keywords:** Romanticism, Spanish literature, Press.

La crítica y la historia de la literatura han acuñado la categoría de *generación del 37* para caracterizar a los letrados argentinos nacidos alrededor de 1810, que se organizan formalmente en torno al Salón Literario creado por el librero

Marcos Sastre a mediados de 1837<sup>1</sup>. En dicho salón, concebido como un ámbito de reunión, lectura y discusión intelectual<sup>2</sup> —si bien participan algunos intelectuales de mayor edad, ya consagrados— tiene un rol preponderante un grupo de jóvenes que posteriormente fundarán y dirigirán una serie de publicaciones, por lo general de vida efímera. Un rasgo distintivo de estos letrados es su conflictiva relación con la cultura y la literatura españolas. Las páginas de *El Iniciador* (Montevideo, 1838-1839) —uno de los proyectos periodísticos en los que participan estos jóvenes— no son impermeables a esta cuestión. Esbozar un bosquejo de la/s postura/s de dicho periódico frente a las letras hispanas es el objetivo que persigue nuestro trabajo.

El 15 de abril de 1838, el uruguayo Andrés Lamas y el argentino Miguel Cané —quien reside en Montevideo desde mayo de 1835 (Mujica Láinez 2000, 34-35)— fundan *El Iniciador. Periódico de todo y para todos*, de aparición quincenal, cuya vida se extiende hasta el 1º de enero de 1839 (Vedia y Mitre 1941, pág. 44; Zinny 1883, págs. 210-213; Praderio 1962, págs. 63-64). Entre sus colaboradores figuran Juan Bautista Alberdi, Rafael Jorge Corvalán, Carlos Tejedor, Giovanni Battista Cuneo, Esteban Echeverría, Félix Frías, Juan María Gutiérrez, Miguel Irigoyen, Luis Méndez, Bartolomé Mitre, Florencio y Juan Cruz Varela y Santiago Viola (Vedia y Mitre, pág. 38, 46; Zinny, pág. 210).

En el texto programático titulado «Introducción», Lamas presenta a *El Iniciador* como «una publicación útil y amena» («Introducción», *El Iniciador*, N° 1, tomo 1, 15 de abril de 1838, pág. 2, col. 1)<sup>3</sup>, abierta a «todos los que tengan algo útil que decir» y dirigida al pueblo, al que pretenden ilustrar como requisito previo y necesario para alcanzar la libertad («Introducción», pág. 1,

1. Esta categoría es susceptible de numerosas críticas, centradas principalmente en el carácter heterogéneo del pensamiento de sus miembros, así como también en la imagen estática que ofrece de sus formas de organización. Cfr. los trabajos realizados en esta dirección por Eugenia Molina (2002, 2011), Claudio Maiz (2011) y Marcelo Martino (2012b), entre otros.

2. Remitimos al imprescindible y documentado estudio de Félix Weinberg (1977) sobre la historia, antecedentes y características del Salón Literario.

3. En el presente trabajo optamos por modernizar la grafía de todas las citas de *El Iniciador*, así como también de otras publicaciones y escritos de la época. Los artículos de *El Iniciador* están suscriptos en su mayoría por iniciales, que —salvo en el caso de Juan Cruz Varela— no coinciden con las iniciales de los nombres de los autores (Vedia y Mitre, pág. 45). La «Introducción» está firmada por C.M. —las iniciales de Miguel Cané invertidas (Vedia y Mitre, pág. 47)— y es atribuido a Andrés Lamas (Vedia y Mitre, pág. 79) sobre la base de las anotaciones manuscritas de Cané en un ejemplar que se conserva en la Biblioteca Nacional de la República Argentina. La misma indicación de autoría se encuentra en el ejemplar del Colegio Nacional de Buenos Aires que perteneció a Lamas (Vedia y Mitre: pág. 81). Seguiremos ambas fuentes para la identificación de los autores de los artículos citados en este trabajo.

col. 1). Su propósito principal consiste en completar el proceso de independencia iniciado por la Revolución de Mayo de 1810 en sus aspectos culturales: «hay nada menos, que conquistar la independencia inteligente de la Nación: su independencia civil, literaria, artística, industrial» (pág. 1, col. 2)<sup>4</sup>. La conciencia de esta misión es un tópico presente en el discurso de los letrados del 37, quienes —según Weinberg— se proponen «completar la flamante soberanía nacional con la independencia cultural» (Weinberg 1977, pág. 67).

Un lugar común a la hora de caracterizar a estos intelectuales es mencionar su hispanofobia, su desprecio de las costumbres, literatura y valores españoles, como un gesto ideológico de ruptura, acorde con esa tarea de emancipación intelectual que se arrojan. La crítica, no obstante, ha detectado en su discurso un movimiento dialéctico de «atracción-rechazo» respecto a la literatura española, relativizando por lo tanto la tensión hispanofóbica y señalando los referentes peninsulares de estos letrados (Weinberg 1977, págs. 66-69; Zuleta 1984-1985, pág. 62).

Se ha remarcado fundamentalmente la gravitación, no sólo en el Río de la Plata sino en gran parte de Hispanoamérica, de la llamada *Joven España* (Arrieta 1980, pág. 107). Weinberg define de modo un tanto impreciso este movimiento como «el conjunto de hombres que en ese preciso tiempo en la península pugnaba por la renovación y la libertad» (Weinberg 1977, págs. 68-69). Constituye, por lo tanto, un proyecto político, vinculado ideológicamente con las sociedades secretas republicanas, filiales de la «Joven Europa», surgidas a partir del modelo de la *Giovine Italia* de Giuseppe Mazzini (Myers 2005a, págs. 400-401; Ruiz Otín 1983, pág. 59). Remite también a «una escuela literaria comprometida con la realidad política y social de la época, frente al romanticismo evasivo y fantástico» (Ruiz Otín, pág. 59).

La figura y la obra de Mariano José de Larra —quien habría acuñado el nombre de *Joven España* para expresar sus esperanzas de concreción de una literatura nacional marcada por los ideales ilustrados de la democracia y del progreso intelectual (Ruiz Otín, págs. 59-60)<sup>5</sup>— ejercen una fuerte atracción

---

4. Encontramos una afirmación semejante en el artículo «Sobre la anterior traducción» (*El Iniciador* N° 1, tomo 1, 15 de abril de 1838, págs. 15-16), firmado por E. y atribuido a Miguel Cané, referido a la traducción del francés realizada por «la redacción del Iniciador» de *Golpe de vista sobre la literatura española*, de Leroux: «Como la armonía entre los elementos sociales [es] de una necesidad absoluta, nosotros sin cometer una vergonzosa contradicción, no podemos quedar bajo el yugo literario de la España, después de haber hecho pedazos el político» (pág. 16, col. 1).

5. Cfr. su artículo «Literatura. Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe», publicado en *El Español. Diario de las Doctrinas y los Intereses Sociales*, N° 79, 18 de enero de 1836.

sobre los letrados del 37. Navas-Ruiz lo considera el romántico español más respetado (Navas-Ruiz 1970, pág. 74)<sup>6</sup>. Carilla sostiene que «Larra fue, sin duda, el escritor español del pasado siglo [XIX] que mayor interés despertó en América durante las generaciones románticas» (Carilla 1967, pág. 98). Por su parte, y de un modo tal vez demasiado radical, Katra afirma que «Con la excepción de Larra, no había ninguna presencia contemporánea en el escenario intelectual español que encarnara un ejemplo valioso para los jóvenes intelectuales argentinos en su búsqueda de la emancipación literaria y cultural de América del Sur» (Katra 2000, pág. 105)<sup>7</sup>.

Además de Larra, José de Espronceda constituye un modelo admirado e imitado continuamente por estos letrados (Zuleta, pág. 62; Navas-Ruiz, págs. 74-75; Arrieta, pág. 112). Para Carilla, «El prestigio de Espronceda iguala y aún supera —en ocasiones— el de Larra en estas tierras» (Carilla, pág. 103).

La tensa convivencia entre anti-españolismo y admiración por ciertas figuras peninsulares que mencionábamos antes se percibe claramente en las páginas de *El Iniciador*. Como prueba, basta citar la publicación de artículos de costumbres de *Figarillo* —pseudónimo que emplea Alberdi en homenaje a Larra<sup>8</sup>—, así como también de textos del propio *Fígaro*<sup>9</sup>, junto a artículos donde se pone de manifiesto una hispanofobia recalcitrante<sup>10</sup>.

6. Navas-Ruiz agrega que «hasta cuatro veces se editaron sus obras en Uruguay, Chile, Venezuela y México entre 1835-1845» (Navas-Ruiz, pág. 74).

7. Cfr. también el trabajo de Eva M. Valero Juan sobre la influencia de Larra en Hispanoamérica (2011).

8. «Caracteres» (*El Iniciador* N° 2, tomo 1, 1° de mayo de 1838, págs. 36-37); «El bracete» (N° 3, tomo 1, 15 de mayo de 1838, págs. 69-70); «Los escritores nuevos y los lectores viejos» (N° 4, tomo 1, 1° de junio de 1838, págs. 94-96); «Da. Rita Material» (N° 5, tomo 1, 15 de junio de 1838, págs. 114-115); «Una esquila funeraria» (N° 8, tomo 1, 1° de agosto de 1838, págs. 181-182); «Figarillo en Montevideo» (N° 9, tomo 1, 15 de agosto de 1838, págs. 198-201); «Figarillo en Montevideo» (N° 3, tomo 2, 15 de noviembre de 1838, págs. 52-55); «Curso público. Enseñanza del idioma» («Figarillo en Montevideo» (N° 3, tomo 2, 15 de noviembre de 1838, págs. 63-64). Algunos de estos artículos ya habían aparecido previamente en *La Moda. Gacetín semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres*, semanario publicado en Buenos Aires entre el 18 de noviembre de 1837 y el 21 de abril de 1838, en el que Alberdi desempeña un rol importante.

9. «Carta de Fígaro a su corresponsal en París acerca de la disolución de las Cortes y otras varias cosas del día. Buenas noches» (*El Iniciador* N° 1, tomo 1, 15 de abril de 1838, págs. 5-10); «Cuasi. Pesadilla política» (N° 2, tomo 1, 1° de mayo de 1838, págs. 38-41); «¿Qué dice usted? Que es otra cosa» (N° 3, tomo 1, 15 de mayo de 1838, págs. 70-72); «Fígaro dado al mundo» (N° 4, tomo 1, 1° de junio de 1838, págs. 92-94).

10. Tal es el tono de «¿Qué nos hace la España?» (*El Iniciador* N° 6, tomo 1, 1° de julio de 1838, págs. 121-122); «Reacción contra el españolismo» (N° 8, 1° de agosto de 1838, pág. 183-184, ambos atribuidos a Alberdi).

Rafael Arrieta se ocupa brevemente de la presencia de la literatura española en *El Iniciador*, en un pasaje de su libro consagrado a estudiar los vínculos entre la literatura argentina y España:

La «joven España» fue reconocida en la primera página como aliada contra la secular. *Fígaro* fue reproducido, elogiado o citado casi regularmente en las sucesivas quincenas. Reprodujéronse también artículos de algunas publicaciones españolas y, en una oportunidad, varias piezas poéticas de Patricio de la Escosura. El joven *Mitre* —tenía diecisiete años— rindió cálido homenaje a Quintana; Gutiérrez hizo lo propio con Meléndez Valdés. [...] Aunque sin nombre de autor, la afortunada *Canción del Pirata*, de Espronceda, había merecido la transcripción en el primer número de *El Iniciador* (Arrieta, pág. 109)

La síntesis de Arrieta, aunque escueta, resulta completa y precisa. Sus palabras constituyen una suerte de hilo conductor valioso a la hora de identificar y revisar las huellas de la literatura española en las páginas de *El Iniciador*. Tal como afirma el crítico, desde el primer número se expresa la solidaridad con la *Joven España*<sup>11</sup>:

Sus escritos, las víctimas de ese espíritu viejo, por cuya destrucción tanto trabaja, nos merecen profundas y sinceras simpatías. La España joven, es nuestra mejor amiga, es nuestra hermana; pues que nuestra misión es idéntica a la suya. La ofrecemos una mano de amigo, y un corazón de hermano («Sobre la anterior traducción», pág. 16, col. 2)

Esta declaración de fraternidad con la *Joven España* se repite con palabras casi idénticas en otros textos de *El Iniciador*, tales como «Reacción contra el españolismo» —donde Alberdi afirma exaltado: «¡La joven España, la hermana nuestra, porque venimos de un mismo siglo, se burla de la España vieja, la madrastra nuestra» (tomo 1, N° 8, 1° de agosto de 1838, pág. 183, col. 2)<sup>12</sup>— y en la reseña de la publicación de los artículos de Larra<sup>13</sup>. Dicha reseña —que analizaremos más adelante—, así como la reproducción de los artículos de *Fígaro* ya mencionados, testimonian el regular homenaje a Larra, señalado por Arrieta.

Se reproducen asimismo textos de distintas publicaciones españolas: *El Vapor*, la *Revista Española*, *El Guardia Nacional* (Barcelona), *No me olvides* y *El Artista*, entre otras. De las páginas de esta última<sup>14</sup> se extrae la «Canción del

11. «Sobre la anterior traducción», *El Iniciador* N° 1, tomo 1, 15 de abril de 1838, págs. 15-16. El artículo está firmado por la inicial E. Tanto el ejemplar de Cané como el de Lamas señalan al primero como su autor (Vedia y Mitre, págs. 79, 81).

12. Este artículo ya había aparecido en *La Moda* N° 22, 14 de abril de 1838, págs. 1-2.

13. «Fígaro y D. Mariano José de Larra» (*El Iniciador* N° 2, tomo 2, págs. 38-44). Firmado por la «Redacción del Iniciador».

14. Considerada la «gran revista romántica» (Navas-Ruiz, pág. 49).

pirata<sup>15</sup>» y el cuento «La pata de palo», de José de Espronceda<sup>16</sup>. Por su parte, las «varias piezas poéticas de Patricio de la Escosura» a las que hace referencia Arrieta son las distintas partes del poema épico «El bulto vestido del negro capuz»<sup>17</sup>. Con respecto a los homenajes a Meléndez Valdés y Quintana, vale la pena analizarlos con más profundidad a fin de delimitar las diversas operaciones de configuración de canon o canones de la literatura española que se actualizan y entrecruzan en *El Iniciador*.

### Gutiérrez lee a Meléndez Valdés

Con el título «D. Juan Meléndez Valdés», aparece en el N° 7 del tomo 1 un artículo firmado por Z., inicial que remitiría a Juan María Gutiérrez (Vedia y Mitre, pág. 80)<sup>18</sup>. El ensayo se articula en dos partes: una extensa introducción de carácter general y la semblanza biográfica del escritor español. Ya desde el epígrafe de Lope de Vega —«¡O letras pocas veces sin desgracias!»—, extraído de la silva séptima del *Laurel de Apolo*, Gutiérrez introduce el tópico de la mala fortuna de los poetas y la falta de reconocimiento de sus méritos y virtudes, y afirma la necesidad de hacerles justicia y escribir su leyenda, tal como se escribió la de los héroes (pág. 138, col. 2 – pág. 139, col. 1). Este tópico se engarza con el motivo romántico del poeta visionario, solitario e incomprendido, un ser iluminado y por eso mismo aislado del resto de los hombres (Myers 2005b, págs. 30-32):

[...] mil veces los poetas han sido precursores de una alta idea, que si bien fuera mal comprendida en las épocas en que florecieron, produjo en adelante su fruto provechoso al mundo. Caminaron siempre al frente de su siglo, solos, sin temor al verse aislados, ni amedrentarse al pensar en las dificultades que pudieran hallar en una vía ignorada. Alentábales en su empeño una fe ardiente; les guiaba en la peregrinación una esperanza sublime y la estrella del genio (pág. 139, col. 1)

Por la audacia de los poetas al lanzarse más allá de los límites de lo conocido y la ingratitud con que se les paga su tarea, Gutiérrez los compara con la figura de Cristóbal Colón, descubridor de un nuevo mundo, del mismo modo que

15. Reproducida en el N° 1, tomo 1, 15 de abril de 1838, págs. 17-18.

16. Reproducido en el N° 2, tomo 1, págs. 41-43, con la firma J. de E.

17. Publicado en el N° 2, tomo 1, 1° de mayo de 1838, págs. 44-47, y atribuido erróneamente a «Patricio de la Escosura».

18. Correspondiente al 15 de julio de 1838 (págs. 138-142). Bárbara Rodríguez Martín señala que «Tal vez este ensayo fue escrito por influjo de José Joaquín de Mora, quien en la serie *On Spanih Poetry* (1824), traducida parcialmente por Gutiérrez para *El Reco-pilador*, Museo Americano en 1836» (2005-2006, pág. 188).

aquellos son exploradores del «mundo de las ideas» (pág. 139, col. 1)<sup>19</sup>. El poeta deviene así en un «desvalido navegante que desafía intrépido las borrascas del Océano», en una «miserable criatura dotada de genio que penetra los más secretos santuarios de la inteligencia» (pág. 139, col. 1).

Gutiérrez se propone el rescate de aquellos poetas que sufieron grandes padecimientos. En esta línea, y a partir de la lectura de «las reflexiones de un autor extranjero» —a quien no menciona—, realiza un ejercicio de memoria tendiente a recordar a poetas españoles «notables por las circunstancias de su vida», circunstancias que, sin embargo, resultan desconocidas: «sus hechos, como todo lo que pertenece a la España, es obscuro, incompleto» (pág. 139, col. 2). Gutiérrez manifiesta su esperanza de que, cuando triunfen «la libertad y las ideas en la lucha que ensangrienta la Península», prosperen las artes y las letras, y los españoles se dediquen al estudio de sus «hombres ilustres» y de su rica cultura, que contiene el rastro de muchas civilizaciones y tradiciones, que deberían exaltar la «imaginación española» (pág. 139, col. 2). La crisis política contemporánea de España —guerra entre carlistas e isabelinos o partidarios de la regenta María Cristina—, marcada por el oscurantismo y la ignorancia, obstaculizaría entonces una adecuada valoración de ese patrimonio e inhibiría la producción poética.

Sin embargo, Gutiérrez detecta algunas muestras dignas de mención y traza un primer canon, deliberadamente abierto, impreciso e incompleto: «Ya existen ensayos felices de este género en las novelas de Trueba y otros varios; en los bosquejos históricos publicados en algunos periódicos, en los romances de Saavedra... &» (pág. 139, col. 2 – pág. 140, col. 1). La presencia en este corpus del Duque de Rivas y de Joaquín Telésforo de Trueba y Cossío —considerado el iniciador en la literatura española de la imitación de la novela de Walter Scott por su obra *Gómez Arias or the Moors of the Alpujarras* (Londres, 1828) (García González 2005, pág. 112)— son indicios del programa romántico que impulsa aquí Gutiérrez, cuyos rasgos explicita a continuación, al proponer un modelo de literatura nacional. Francia, a juicio del crítico, está en condiciones de señalarle a España «el sendero que debe seguir en su obra literaria», comunicándole

al par del amor a la libertad constitucional, el amor a las investigaciones de lo pasado, al estudio de las cosas propias, la afición al conocimiento exacto

---

19. Encontramos una imagen semejante de Colón en el discurso que Gutiérrez pronuncia en la inauguración del Salón Literario, «Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros», donde lo retrata con los rasgos del «genio» incomprendido (Weinberg 1977, pág. 148).

y poético de lo que fue y el colorido dramático con que los noveladores de la Francia embellecen sus cuadros (pág. 140, col. 1)

Gutiérrez proyecta luego su mirada al pasado para proponer un segundo canon, esta vez más elaborado y preciso, compuesto por «hombres ilustres que cultivaron la poesía», y que él sabe distinguir «Tras el paño que oculta el teatro de las letras españolas» (pág. 140, col. 1). Todas las figuras que menciona —algunas indirectamente, a través de los cargos o funciones que desempeñaron o de algunas de sus acciones<sup>20</sup>— pertenecen al Siglo de Oro español: Francisco López de Zárate, Garcilaso de la Vega, Alonso de Ercilla y Zúñiga, Lope de Vega, Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo —«el Señor de la torre de Juan abad»—, Fray Luis de León, Francisco de Sá Miranda<sup>21</sup>, Francisco de Rioja (pág. 140, cols. 1-2). Otro de los criterios de selección es el padecimiento de algún tipo de tormento, provocado por lo general por conflictos con el poder: «Todos padecieron persecuciones del poder civil o persecuciones del religioso o tiros de la calumnia: acechados a toda hora por la más vil de las pasiones [la envidia] [...]» (pág. 140, col. 2).

La recuperación de estos poetas no se desvía del programa estético que parece impulsar Gutiérrez, ya que se halla en perfecta consonancia con la exaltación del Siglo de Oro por parte de los románticos europeos (Peers 1967, págs. 28-31). De este modo, ambas propuestas de canon —la del presente, breve e incompleta, y la del pasado, abundante en detalles y anécdotas— se articularían armónicamente.

No sólo aquellos poetas del Siglo de Oro habrían soportado castigos y tormentos por su actitud contra el despotismo y la tiranía. Los límites de la propuesta de Gutiérrez se ensanchan para abarcar a «todos los literatos españoles, desde D. Juan el II hasta Fernando el VII», mártires que se esforzaron por «ilustrar al mundo» y cuya historia aún está por escribirse (pág. 141, col. 1). Esta ampliación le permite hacer ingresar en su panteón y Parnaso de los sufrientes vates a Meléndez Valdés, «el más ilustre de los poetas modernos españoles» y «el más desgraciado en los últimos años de su vida» (pág. 141, col. 1).

Recién entonces, y en apenas una página —que representa aproximadamente un tercio de la extensión del artículo—, Gutiérrez se consagra a la semblanza biográfica que promete el título. Siguiendo un esquema tradicional,

20. En la mayoría de estos casos, Gutiérrez recurre a las notas al pie de página para indicar el nombre del poeta y evitar ambigüedades.

21. Gutiérrez se refiere a este escritor como «Saa Miranda» (pág. 140, col. 2). Si bien se trata de un autor portugués, su inclusión entre los poetas españoles se justificaría por su producción en lengua castellana.

indica año y lugar de nacimiento, señala quiénes fueron sus maestros —José Cadalso y Jovellanos—, registra el desempeño de algunos cargos y funciones, su participación política y, acorde con el espíritu del artículo, sus sufrimientos —calumnia, prisión, destierro— y la triste circunstancia de su muerte, «pobre y olvidado» (pág. 142, col. 1). Con respecto a su labor poética, menciona, en primer lugar, sus primeros poemas, las odas anacreónticas, «composiciones todas del género erótico» (pág. 141, col. 1), y transcribe a modo de valoración el juicio positivo de José Marchena como cita de autoridad, sin emitir otra opinión. Gutiérrez destaca, en segundo lugar, la aspiración de Meléndez de introducir un género desconocido en la poesía española —en alusión a los poemas filosóficos y morales— imitando a Pope, Young, Thompson y Milton (pág. 141, cols. 1-2). Recoge además la crítica de los «puristas», que acusan a Meléndez de «violador de la hermosa lengua castellana» y le reprochan «el uso de galicismos y arcaísmos» (pág. 141, col. 2)<sup>22</sup>. Entre sus críticos menciona nuevamente a Marchena, pero en este caso para disentir con él.

El abordaje que realiza Gutiérrez de la producción poética de Meléndez Valdés resulta particular. Por un lado, destaca la llamada «tendencia moral y filosófica» del escritor español (Alborg 1975, pág. 450), parafraseando las propias palabras de Meléndez en la «Advertencia» incluida en la edición de sus poemas de 1797<sup>23</sup>. Conviene tener en cuenta aquí que en el siglo XVIII la palabra *filósofo*, como señala Elena de Lorenzo Álvarez, designa al «hombre culto, vinculado al librepensamiento y virtuoso, en el marco de la moral ciudadana, cuya sensibilidad [...] le inclina a alentar las posibilidades de un cambio fundamentado en la razón» (Lorenzo Álvarez 2002, pág. 61). La poesía filosófica remite entonces, en palabras de José M. Caso, a «la literatura al servicio de unos ideales, que van desde lo metafísico hasta lo económico; la literatura comprometida» (Lorenzo Álvarez, págs. 61-62). El rescate de esta línea de la lírica de Meléndez no desentonaría con la propuesta romántica de Gutiérrez<sup>24</sup> ni con el tono general de *El Iniciador*, impregnado de las ideas

---

22. Alborg menciona la crítica de los románticos al estilo alambicado y artificioso de la poesía de Meléndez, y cita en particular a José Gómez Hermosilla, quien lo llama «el corifeo de un nuevo gongorismo, tan detestable como el antiguo» (Alborg 1975, pág. 464).

23. Sobre sus «poesías filosóficas y morales», Meléndez Valdés afirma lo siguiente: «Mas poco acostumbrada [nuestra lengua] hasta aquí a sujetarse a la filosofía, ni a la concisión de sus verdades [...] se resiste a ello no pocas veces; y sólo probándolo se puede conocer la gran dificultad que causa el haberla de aplicar a estos asuntos. Dese pues a mis composiciones el nombre de pruebas, o primeras tentativas» (Meléndez Valdés 1797, pág. XIII). El rótulo de poesía filosófica era empleado, como vemos, por los propios poetas en la ediciones de sus obras (Lorenzo Álvarez 2002, págs. 59-60).

24. Al referirse a las *Epístolas* de Meléndez Valdés, Alborg afirma que «La lírica ilustrada trae entonces una nueva temática humana de muy largas posibilidades, que todo el

del socialismo utópico y del *romanticismo socialista*<sup>25</sup>. Esa misma veta de la producción de Meléndez es la que destaca Gutiérrez varios años más tarde, en su artículo «La literatura de Mayo» —publicado en la *Revista del Río de la Plata*—, donde afirma que la oda patriótica alcanza

alturas filosóficas desconocidas no sólo dentro de los antiguos dominios de la España y en América, sino en aquella misma nación, en su primera época constitucional cuando sonaban aún los acentos generosos de Cienfuegos, de Meléndez, de Arriaza y del inmortal Quintana (Gutiérrez 1997, pág. 196)

Por otra parte, en su texto sobre Meléndez, Gutiérrez enjuicia positivamente, mediante las palabras de Marchena, otro género cultivado por aquel: las anacreónticas, de clara inspiración grecolatina<sup>26</sup>. Por ese motivo, no podemos suscribir plenamente las palabras de José E. Rodó sobre el artículo de Gutiérrez:

Levantándose con original arranque su juicio sobre la vulgarizada preocupación que vinculó casi exclusivamente el nombre del poeta [Meléndez Valdés] al repertorio erótico, hoy para siempre marchito y olvidado, glorificó en su obra lo que la crítica de nuestro tiempo reconoce como el más alto merecimiento de Meléndez: la iniciación de la poesía social, revolucionaria, pensadora [...] (Rodó 1967, pág. 705)

Rodó parece concentrarse sólo en la reivindicación de la poesía social de Meléndez, olvidándose que Gutiérrez le dedica también espacio en su ensayo al «repertorio erótico» del poeta español, suscribiendo —como ya dijimos— el juicio positivo de Marchena. Esta consideración de la vertiente anacreóntica de Meléndez es la que, a nuestro juicio, le confiere a su propuesta un matiz más cercano a la estética neoclásica.

Nos ubicamos en este sentido en una línea de interpretación semejante a la planteada por Rodríguez Martín, quien considera el interés de Gutiérrez por Meléndez Valdés como prueba de su «filiación poética» a un «aticismo o romanticismo contenido y con vestigios neoclásicos» (Rodríguez Martín 2005-2006, pág. 188) y como «una más de las aparentes contradicciones de su adhesión a la estética romántica» (Rodríguez Martín, pág. 191). El «supuesto

---

siglo XIX, tanto el romanticismo como el realismo, habian de heredar» (Alborg, pág. 457).

25. Carlos Rama señala que H. J. Hunt, R. Picart y D. Owens «han acuñado la expresión de *romanticismo socialista*» para caracterizar a aquellos «autores europeos que no siendo estrictamente socialistas, participan parcialmente de estas ideas que a su vez transmiten a sus lectores, dentro de los cuales muchos fueron intelectuales latinoamericanos» (Rama 1977, pág. XII). Entre estos lectores se cuentan precisamente los jóvenes del 37.
26. Alborg señala la influencia de Anacreonte, Horacio, Tibulo, Propertio y Ovidio en la lírica de Meléndez Valdés (Alborg, pág. 451).

clasicismo» de Gutiérrez, según Rodríguez Martín, se relativizaría por «el hecho de que el rasgo de la poética de Meléndez Valdés más apreciado por Gutiérrez sea la innovación (esto es, uno de los rasgos más emblemáticos del romanticismo)» (Rodríguez Martín, pág. 460). Disentimos, no obstante, con algunos puntos de dicha interpretación. A nuestro entender, no es tanto el interés por la figura y obra de Meléndez Valdés lo que testimonia su afiliación a ese romanticismo moderado por rasgos neoclásicos, sino el gesto concreto de recuperación de su poesía anacreóntica, gesto que Rodríguez Martín, al igual que Rodó, no tiene en cuenta. Por otra parte, consideramos que la adscripción al eclecticismo del complejo pensamiento de Gutiérrez, con sus vaivenes clasicistas y románticos, constituye una fórmula más sintética y acabada de abordar esta cuestión. En este sentido, coincidimos con Rodó (1967, pág. 705) y con Christine Bolk, quien afirma que Gutiérrez combinaría ideas ilustradas y románticas (Bolk 1998, págs. 254-258)<sup>27</sup>.

Resulta interesante contrastar la postura de Gutiérrez frente a la literatura española en su artículo sobre Meléndez Valdés con la que había expresado apenas un año antes, al pronunciar su discurso «Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros», con motivo de la inauguración del Salón Literario<sup>28</sup>. Allí emite juicios muy duros sobre España, su cultura y su literatura. Declara que «La nación española [...] nunca ha salido de un puesto humilde e ignorante en la escala de la civilización europea» (Weinberg 1977, pág. 150), y que no encuentra ningún español que puedan compararse con Dante, Galileo, Miguel Ángel, Shakespeare, Bacon y Newton (Weinberg 1977, pág. 150). La literatura española le resulta monótona, incapaz de conmover, y disiente con el rescate que realiza August Wilhelm Schlegel de los autores dramáticos (Calderón, Lope de Vega) (Weinberg 1977, pág. 153). La implacable constatación confirma la necesidad de la tarea de la independencia cultural de España:

Nula, pues, la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos completamente con ellas, emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres (Weinberg 1977, págs. 153-154)

27. Cfr. también Beatriz Sarlo, quien destaca que la formación cultural de Gutiérrez «es de raíz y procedencia francesa, liberal en política, romántica, con un matiz de clasicismo en literatura» (Sarlo 1967, pág. 110).

28. El discurso se publica en el *Diario de la Tarde* N° 1813, 14 de julio de 1837, pág. 1, cols. 1-4 y pág. 2, cols. 1-2. En nuestro trabajo seguimos la versión que Félix Weinberg recoge en su estudio sobre el Salón Literario (1977).

Esta postura dogmática aparece diluida en el artículo sobre Meléndez de *El Iniciador*<sup>29</sup>. No debemos olvidar, sin embargo, que ya en el mismo discurso de 1837 Gutiérrez relativiza su devastadora afirmación sobre la ausencia absoluta de exponentes hispanos rescatables. La radicalidad de dicha afirmación es nada más y nada menos que un recurso retórico para reforzar esa misión de emancipación mental que se han atribuido los jóvenes del 37, y el mismo Gutiérrez parece descreer de semejante generalización. Un párrafo antes de declarar su nulidad, señala algunas piezas que merecen destacarse del panorama general de la letras peninsulares: las églogas de Garcilaso, los períodos de Antonio de Solís y Rivadeneira, las odas de Fray Luis de León y de Fernando de Herrera, la *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique y el *Laberinto de Fortuna* de Juan Mena<sup>30</sup> (Weinberg 1977, pág. 153). Con las excepciones de este último y de Manrique, todos los escritores mencionados pertenecen al Siglo de Oro. Ningún escrito de Meléndez Valdés —ni de ningún otro autor del siglo XVIII— figura en la lista de los seleccionados.

### Mitre lee a Quintana

El segundo homenaje a un escritor del siglo XVIII que se publica en *El Iniciador* está consagrado a Manuel José Quintana. Se titula simplemente «Quintana» (*El Iniciador* N° 11, tomo 1, 15 de setiembre de 1838, págs. 234-235) y lleva por firma las iniciales A.M., que corresponderían a Bartolomé Mitre (Vedia y Mitre, pág. 79). El autor asume desde el comienzo un sujeto colectivo («nosotros»), presentándose así como representante o portavoz del grupo nucleado en el quincenario. Así, en uno de los párrafos finales, caracteriza su escrito como «un tributo que se merecen los hombres ilustres y que el Iniciador debe, a todos aquellos cuya gloria está vinculada con la de la patria o en el bien de la humanidad» (pág. 234, col. 2 — pág. 235, col. 1).

Con tono de manifiesto programático, Mitre —embanderado con los colores de *El Iniciador*— realiza una declaración de principios. Recoge los reproches de sus críticos, según los cuales su ataque a España estaría motivado por «un espíritu ciego de parcialidad» (pág. 234, col. 1), y, tras confesar dicho

29. Cfr. en este sentido las afirmaciones de Beatriz Sarlo: «los juicios que sobre Meléndez vierte Gutiérrez señalan su amplitud en su romanticismo morigerado, que lo lleva a enfocar comprensivamente la literatura de los neoclásicos» (Sarlo, pág. 115).

30. Al caracterizar esta obra de Mena, compara a su autor con Dante, «por la sublimidad de concepción que desplegó en su *Laberinto*» (Weinberg 1977, pág. 153). Gutiérrez incurre aquí en una contradicción, ya que anteriormente —como ya dijimos— había afirmado la imposibilidad de encontrar figuras españolas parangonables con Dante, Shakespeare, etc.

ataque, aclara que el mismo estaba dirigido sólo a la «España estacionaria» y «retrógrada», lo que no implica «desconocer el mérito de los escritores ilustres que haya podido tener» (pág. 234, cols. 1-2). A modo de cierre de esta declaración, Mitre sostiene la afiliación de su grupo a la «escuela progresista», que no constituye «una facción separada, sin tendencias, sin miras sociales [...] porque el progreso es la base fundamental de toda escuela y como lo hemos dicho antes, es la única ley inmutable de la naturaleza» (pág. 234, col. 2)<sup>31</sup>.

Las críticas a los jóvenes intelectuales por su «hispanofobia» a las que se refiere Mitre se remontan a la época del Salón Literario. Felipe Senillosa, un ingeniero español que había asistido a las reuniones y que se consideraba un socio de dicho salón, publica un artículo en el *Diario de la Tarde*<sup>32</sup>, donde sale «en defensa del aporte español a la cultura, tan vapuleado en el discurso de Gutiérrez» (Weinberg 1977, pág. 64). Se preocupa además por la suerte del Salón y desea conjurar el ambiente hostil que se ha generado a raíz de «certainas opiniones sobre la literatura y la lengua española» (Weinberg 1977, pág. 64). Pocos días después, en las páginas del mismo diario, «Un Americano bachiller» —tal es su firma— se indigna en las páginas del mismo diario<sup>33</sup> por «los ataques que tan injustamente se han dado de poco tiempo a esta parte a la Literatura Española» (pág. 1, col. 1), y remite un «Bosquejo histórico de la Literatura Española», que se publica a continuación<sup>34</sup>.

La aclaración del alcance y fundamentos de su anti-españolismo, en respuesta y como reacción defensiva frente a tales críticas, constituye una suerte de lugar común, de artefacto retórico colocado por lo general al comienzo de los escritos de los jóvenes del 37. En el artículo «Reacción contra el españolismo» —ya mencionado en este trabajo—, publicado originalmente en *La Moda*

31. En efecto, Miguel Cané ya había afirmado que «nosotros pensamos que cada paso de la humanidad en la carrera que recorre es un progreso» («Literatura», *El Iniciador* N° 3, tomo 1, 15 de mayo de 1838, pág. 50, col. 2). La cursiva pertenece al original. Andrés Lama, el otro fundador del quincenario, se expresa de manera semejante sobre la ley del progreso continuo: «sé que la humanidad es indefinidamente perfectible; sé que ella marcha hacia la perfectibilidad: lo siento así, y no me parece que los años y la vanidad lleguen á hacerme degenerar hasta negar ese progreso continuo» («¿Quiénes escriben El Iniciador? Diálogo sobre alguna cosa», N° 2, tomo 1, 1° de mayo de 1838, pág. 34, col. 2).

32. *Diario de la Tarde* N° 1835, 9 de agosto de 1837, pág. 2, cols. 2-4. El texto está firmado por «Un socio del Salón Literario» y se publica bajo el encabezado «Remitido».

33. *Diario de la Tarde* N° 1852, 31 de agosto de 1837, pág. 1, cols. 1-4 y pág. 2, col. 1. El artículo se publica en la sección «Correspondencia».

34. Weinberg menciona las críticas de Senillosa y del «Americano bachiller» y las incluye entre las «primeras reacciones» que provoca el Salón Literario (Weinberg 1977, págs. 64-66).

y reproducido en *El Iniciador*, Alberdi afirma: «La habitud de hacerlo todo en nuestro país, por algún motivo personal, hace que se atribuya uno semejante a la reacción contra el españolismo que desde algún tiempo sostenemos en el interés puro del progreso nacional» (pág. 1, col. 2 – pág. 2, col. 1). De igual modo, el mismo Alberdi sostenía al comienzo de su ensayo «Literatura española», aparecido en *La Moda* (Nº 6, 23 de diciembre de 1837, págs. 1-3.): «Se ha creído deber atribuir las tendencias antipáticas de la juventud contra la literatura Española manifestadas de algún tiempo a esta parte, a una pura preocupación de patriotismo emanada de la cuestión pasada» (pág. 1, col. 1). En términos semejantes se defiende Cané en la reseña que consagra a la edición montevideana de los artículos de Larra<sup>35</sup>, donde recuerda al lector que muchas veces *El Iniciador* se ocupó de España y criticó su atraso y despotismo, y se previene contra aquellos que ven en dichas críticas un «instinto ciego de enemistades personales, un mal entendido patriotismo, una resurrección extemporánea de un fuego que se creía extinto» («Fígaro y D. Mariano José de Larra», pág. 38, col. 2).

Una vez planteadas las aclaraciones que considera pertinentes y necesarias, Mitre aborda, en su artículo sobre Quintana, la cuestión de la poesía española. Su propuesta de canon se construye a partir de un movimiento en tres operaciones, que pueden resultar un tanto confusas y arbitrarias. El autor realiza, en primer lugar, un corte basado en un criterio ideológico y temático, para destacar que son pocos los poetas españoles «que han dedicado sus cantos a la patria, o cuyas lirás hayan modulado los acentos de la Libertad» (pág. 234, col. 2). En este sentido, menciona los romances caballerescos, que concentrarían «la poesía heroica de la España» (ibid.). Un segundo criterio empleado por el autor para caracterizar y jerarquizar a los poetas españoles es el de la fama: «Muchos son los Poetas que ha tenido la España, pero raro el que goza de alguna celebridad fuera de su patria» (pág. 234, col. 2). Sin proponer todavía ningún nombre que cumpla con esa condición, se limita a mencionar a Lope de Vega como un ejemplo representativo de aquellos poetas que llenan dicho requisito (pág. 234, col. 2). Finalmente, aplica esos dos criterios a un período concreto de la historia de la literatura española (fines del siglo XVIII), donde constata que, si bien en ese momento

descollaron algunos poetas de mérito [...] casi todos se hundieron en el fango de la rutina, exceptuando uno que otro que apartándose del camino trillado y cuidándose poco de hacer letrillas, anacreónticas, sonetos y otras mil vulgaridades vino a colocar su ofrenda en las aras de la patria (pág. 234, col. 2)

35. *El Iniciador* Nº 2, tomo 2, 1º de noviembre de 1838, págs. 38-44.

Esta afirmación de Mitre deja entrever cierta divergencia, no expresada explícitamente, con respecto a la postura de Gutiérrez frente a la obra de Meléndez Valdés. Una de las vertientes que el crítico destaca del poeta español es precisamente la lírica anacreóntica, que Mitre incluye entre las «mil vulgaridades». Vulgaridades en las que, dicho sea de paso, el mismo Mitre habría incursionado, si bien de adolescente, al publicar en el *Diario de la Tarde* de Montevideo precisamente una oda anacreóntica titulada «El Invierno»<sup>36</sup>.

Uno de esos pocos poetas que coloca «su ofrenda en las aras de la patria» es Quintana, quien «nunca profanó la Poesía haciéndola un pueril entretenimiento, un lujo del ingenio o prodigando al poder torpes alabanzas» (pág. 234, col. 1). Es un deber, sostiene Mitre, escribir sobre este poeta, rendirle un merecido tributo (pág. 234, col. 2 – pág. 235, col. 1). Por eso, él se propone «únicamente hablar de Quintana», sin pretensiones de componer su biografía «ni enumerar sus obras, ni hacer su apología» (pág. 234, col. 2). En efecto, el artículo no constituye una biografía ni una enumeración de las obras de Quintana. No obstante, se tiñe en algunos pasajes de las notas propias del panegírico y la apología<sup>37</sup>.

Cabe recordar aquí que ya desde sus primeras colaboraciones en la prensa periódica, cuando era todavía un adolescente, Mitre había manifestado su inclinación hacia la literatura española. En su artículo «La armonía», publicado en 1837 en el *Diario de la Tarde* de Montevideo<sup>38</sup>, había llamado la atención sobre el estilo de prosistas y poetas españoles de distintas épocas (Cervantes, Góngora, Quevedo, Fray Luis de León, Martínez de la Rosa, Bartolomé de Argensola, Leandro Fernández de Moratín, Garcilaso), ilustrando sus juicios con fragmentos de sus obras. Entre los autores mencionados figuran también Meléndez y Quintana, a quien le dedica especial atención (Pagés Larraya 1943, pág. 172). De hecho, en la conclusión de su escrito arenga a los «jóvenes americanos» para que imiten a este último si desean ser «Poetas» (Pagés Larraya, pág. 174).

---

36. *Diario de la Tarde* año 1, N° 94, 29 de julio de 1837, sección «Correspondencia», pág. 2, col. 3. Recogida por Pagés Larraya (1943, pág. 168).

37. «¡Llor al hombre grande que jamás besó la mano de un tirano ni prodigó al poder torpes adulaciones!» (pág. 234, col. 2); «¡Quintana! Si tu alma es tan bella como tus versos, desde las márgenes del Plata, un Americano, un hijo de la tierra de los libres te saluda entusiasmado» (pág. 235, col. 1).

38. *Diario de la Tarde*, año 1, N° 95, 31 de julio de 1837, pág. 2, col. 3. Seguimos la versión de este artículo que recoge Antonio Pagés Larraya en su estudio sobre *La iniciación intelectual de Mitre. Trabajos literarios de 1837* (1943).

Meses más tarde se publica en otro periódico montevideano, *Defensor de las Leyes*, una reseña crítica de Mitre a las Rimas de Esteban Echeverría<sup>39</sup>. En este texto Mitre se propone rendir un tributo al mítico introductor del romanticismo en el Río de la Plata y romper «el silencio que han guardado todos los periódicos de esta Capital [Montevideo] sobre esas Rimas», al tiempo que llamar la atención del poeta (Pagés Larraya, pág. 185). A la par de los elogios a *La Cautiva*, donde «El Sr. Echeverría se ha desentendido de las vanas reglas de los preceptistas» (Pagés Larraya, pág. 186), Mitre inserta duras críticas hacia la actitud de aquel frente a la literatura española: «Alguna vez aja con demasiada severidad a los Poetas Españoles, guiado tal vez por ese espíritu de parcialidad que reina hoy en Buenos Aires (principalmente entre los jóvenes) que desprecian todo cuanto es Español» (Pagés Larraya, pág. 188). No obstante, manifiesta su coincidencia con el juicio de Echeverría sobre el carácter trivial e insustancial de gran parte de la poesía española, expresado en la «Advertencia» de sus *Rimas*:

Así fue como, preocupados con su doctrina, la mayor parte de los poetas españoles se empeñaron únicamente en llenar tomos de idilio, églogas, sonetos, canciones y anacreónticas; y malgastaron su ingenio en lindas trivialidades que empalagan, y no dejan rastro alguno en el corazón o el entendimiento (Echeverría 1837, pág. XI)<sup>40</sup>

Mitre, pese a la coincidencia declarada, se permite cuestionar el carácter radical de la afirmación de Echeverría. A su juicio, no todos los poetas españoles merecen la misma consideración. En este punto expresa su admiración por el «gran Quintana [...] que sólo ha cantado a la Patria sin quemar incienso en las aras del poder, ni prodigar torpes alabanzas a los opresores de su país» y que «jamás ha cantado a los Monarcas ni a los tiranos, ni prostituido su lira» (Pagés Larraya, pág. 189). Como vemos, los términos del elogio son prácticamente los mismos que empleará en su artículo de *El Iniciador*. Para despejar dudas, explicita que esta declaración no implica una admiración ciega por «todas las obras de los Poetas Españoles», y manifiesta su desprecio por «sus puerilidades y sus eternos y pesados pastorcillos, sus acarameladas églogas y sus insignificantes idilios» (Pagés Larraya, pág. 189).

39. «Literatura americana. Rimas de D. Esteban Echeverría», *Defensor de las Leyes*, vol. II, N° 342, 7 de noviembre de 1837, sección «Correspondencia», pág. 2, col. 2. Artículo incluido, al igual que «La armonía», en la obra ya mencionada de Pagés Larraya.

40. Mitre cita un fragmento de este pasaje de Echeverría, cometiendo un error en la transcripción, al registrar: «malgastaron su tiempo», en lugar de «malgastaron su ingenio» (Pagés Larraya, pág. 189).

Este artículo de Mitre constituye un valioso testimonio de las diferencias y puntos de contacto entre las opiniones sobre la literatura española de dos colaboradores de *El Iniciador*, un año antes de su fundación. A nuestro entender, la afirmación de Echeverría que Mitre reprueba por su carácter absoluto —«la mayor parte de los poetas españoles se empeñaron únicamente en llenar tomos de idilio, églogas, sonetos, canciones y anacreónticas» (Echeverría 1837, pág. XI)— no difiere tanto de sus propias palabras, ya citadas, del artículo de *El Iniciador*: «casi todos [los poetas españoles del siglo XVIII] se hundieron en el fango de la rutina, exceptuando uno que otro que apartándose del camino trillado y cuidándose poco de hacer letrillas, anacreónticas, sonetos y otras mil vulgaridades» («Quintana», pág. 234, col. 2).

Resulta provechoso confrontar estas palabras de Echeverría cuestionadas por Cané con las opiniones de aquel en un texto incluido en la edición en libro del *Dogma socialista* (1846)<sup>41</sup>. Allí Echeverría menciona a Larra y Espronceda como las únicas figuras destacadas de la literatura española contemporánea (Echeverría 1956, pág. 90). No rescata ninguna personalidad ni ningún escrito del siglo XVIII, rasgo que sí lo diferencia de Mitre, así como también de Gutiérrez.

### *El Iniciador* lee a Larra (y a Jovellanos, Cienfuegos, Meléndez Valdés...)

Con motivo de la reimpresión en la ciudad de Montevideo de los artículos de Figaro, se publica en *El Iniciador* un ensayo a modo de reseña<sup>42</sup>. Si bien el centro del ensayo —firmado por la «Redacción del Iniciador»<sup>43</sup>— lo constituye el libro reseñado y la figura de su autor, no sólo juzgan la obra de Larra y trazan

41. Se trata de una respuesta a una serie de artículos de Dionisio Alcalá Galiano publicado en *El Comercio del Plata* (números 234 al 236, los días 24, 25 y 26 de julio de 1846), incorporada después de la *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837*, también incluida en esa edición del *Dogma*.

42. «Figaro y D. Mariano José de Larra», *El Iniciador* N° 2, tomo 2, 1° de noviembre de 1838, págs. 38-44.

43. Rodó atribuye a Cané el artículo sobre Larra (1967, págs. 702-703), pero ninguna de las fuentes de atribución de la autoría que señala Vedia y Mitre —las anotaciones manuscritas en el ejemplar de la Biblioteca Nacional y en el del Colegio Nacional y la *Ejemeridografía de la Prensa Periódica de la República Oriental del Uruguay* de Antonio Zinny— permiten identificar al autor de la reseña (Vedia y Mitre, págs. 75-81). Algunas palabras del propio Cané en carta a Gutiérrez del 15 de mayo de 1838 (Mogliá y García, págs. 207-208), que lo presentan prácticamente solo al frente de la redacción, reforzarían tal vez la hipótesis de Rodó de que bajo esta firma se esconde su pluma. Al analizar el artículo mencionado, teniendo en cuenta esta imposibilidad de determinar a qué sujeto/s remite la firma y el hecho de que el cuerpo principal de redactores está constituido por Lamas y Cané, emplearemos indistintamente la expresión «la redacción», «los redactores» o «los autores».

su semblanza biográfica sino que también se expresan sobre otras figuras de la literatura peninsular. En un gesto semejante al de Mitre, manifiestan que aplauden a aquellos escritores españoles que escriben en nombre de la libertad y del progreso, en referencia a la *Joven España* y a Larra en particular (pág. 39, col. 1). En consonancia con el género al que pertenece la obra reseñada, la redacción se ocupa de la literatura satírica española, señalando su rica tradición, tanto en prosa como en verso, «desde los Argensolas hasta Jovellanos» (pág. 39, col. 1). Destacan en particular la época del «monarca ilustre» Carlos III, bajo cuyo reinado «Isla y Jovellanos enarbolaron el verdadero y útil azote de la sátira» (pág. 39, col. 2). De estos dos autores, le brindan mayor atención a Jovellanos, de quien transcriben unos versos que ubican en lo que llaman la «sátira progresiva que mejora, y que sin respetar la altura ni el poder, en donde quiera que se anida el mal, allí pone una de sus saetas» (pág. 40, col. 1). Con respecto a Francisco José de Isla, sólo se limitan a mencionarlo. Por otra parte, los redactores manifiestan su disenso con la actitud escéptica y pesimista que revelan los últimos artículos de Larra (pág. 41, cols. 1-2), aunque justifican dicha actitud por «las influencias de la época» (pág. 42, col. 1) y le rinden el acostumbrado homenaje al elogiar su escritura satírica, consagrada al progreso (pág. 40, col. 1).

Las ideas de Larra sobre la «historia crítica de la literatura española<sup>44</sup>» le sirven de pretexto a la redacción de *El Iniciador* para expresar su opinión sobre algunos escritores del siglo XVIII. Rescata en particular a Meléndez Valdés y Nicasio Álvarez de Cienfuegos, ambos objeto de las críticas de los puristas. Con respecto al primero, recoge los cargos que se le hicieron de «corruptor de la lengua» por su empleo del neologismo (pág. 43, cols. 1-2) y lo retrata como un «astro de apacible luz y marcha mesurada [que] completó su carrera poética sin eclipses, y ocupa sin que se le haya disputado, un lugar distinguido» (pág. 43, col. 2). A Cienfuegos, por su parte, lo caracteriza como «más fogoso e innovador» que Meléndez, y lo presenta «salvando la valla que levantaban los puristas» y convirtiéndose en «blanco del aborrecimiento de éstos» (pág. 43, col. 2). Los autores registran además el juicio de Larra, que considera a Cienfuegos el «primer poeta filósofo» español y refutan la crítica de Jovellanos —Cienfuegos «había puesto el *punto muy alto*—, afirmando que éste «no fue bien comprendido porque era prosaica la nación para quien escribía» (pág. 43, col. 2).

44. Cané hace alusión aquí, sin mencionarlo, al artículo de Figaro titulado «Literatura. Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe», publicado en *El Español. Diario de las Doctrinas y los Intereses Sociales*, N° 79, el 18 de enero de 1836.

La recuperación que realiza la redacción de estos autores del siglo XVIII reviste rasgos singulares. Por un lado, se articula desde un ensayo que se presenta como biografía y reseña bibliográfica en torno a una de las figuras más representativas y respetadas de la literatura española contemporánea para estos jóvenes intelectuales. Por otra parte, dicha recuperación se apoya en los juicios autorizados de Larra y se hace eco de ellos, impregnándose de ese modo de cierto brillo consagratorio. El rasgo que justifica el rescate de Meléndez y Cienfuegos es el carácter innovador de sus obras, que provoca la incompreensión por parte de sus contemporáneos. En ese sentido, dicho rescate se ubica en la misma línea que el retrato que traza Gutiérrez de Meléndez Valdés como un mártir, acusado de violar «la hermosa lengua castellana». Del mismo modo, la exaltación de Cienfuegos como poeta filósofo —tomada de Larra— y de la «sátira progresiva» de Jovellanos permiten emparentar esta reseña no sólo con el artículo mencionado de Gutiérrez —donde se presenta a Meléndez como el introductor en la poesía española del género filosófico y moral—, sino también con la imagen que diseña Mitre de Quintana como el poeta de la libertad y el patriotismo.

La representación de Cienfuegos realizada por la redacción de *El Iniciador* ofrece otro rasgo digno de mención. Como ya dijimos, constituye una cita de un juicio de Larra, y por lo tanto se centra sólo en el aspecto que éste destaca de Cienfuegos: el carácter filosófico de su poesía y el trabajo innovador sobre el lenguaje. Larra no menciona —ni tampoco los redactores de *El Iniciador*— aquellos temas de la poética de Cienfuegos que motivaron su caracterización como «prerromántica» —la soledad, la muerte, la tumba (Alborg, págs. 467-468)—, así como tampoco el pesimismo que tiñe sus versos<sup>45</sup>. Lo curioso es que justamente reprochan a Larra, en el mismo artículo, la actitud pesimista, escéptica y desesperanzada de quien ve «lápidas sepulcrales por todas partes, urnas cinerarias, lacrimosas estatuas» (pág. 41, col. 2 — pág. 42, col. 1). Debemos recordar que esta condena y rechazo de los aspectos góticos del romanticismo es consecuente con el pensamiento de estos escritores del 37, que

---

45. Alborg afirma que «lo más genuino de Cienfuegos habría que buscarlo más bien en temas y motivos de mayor intimidad subjetiva, que iban a dominar en la época romántica: la soledad, la muerte, el desengaño amoroso, la despedida de los amantes, el tema sepulcral, el pesimismo en todas sus facetas» (Alborg, pág. 487). Debemos destacar que Lorenzo Álvarez, tras una sólida y documentada argumentación, rechaza el empleo de la categoría de *prerromanticismo* aplicada a los poetas del siglo XVIII (Lorenzo Álvarez, págs. 33-53).

se pronunciaban más bien por la línea social del movimiento, emparentado en este sentido con el socialismo utópico<sup>46</sup>.

### Otros lectores

Los artículos analizados revelan las posturas frente a la literatura española y a algunos autores en particular de algunos de los letrados que participan del proyecto de *El Iniciador*: Gutiérrez, Mitre y la «redacción», es decir, Cané y/o Lamas. La semblanza de Meléndez Valdés, el homenaje a Quintana y la reseña de la edición de los artículos de Larra son los tres únicos textos del quincenario consagrados a escritores españoles particulares. Si bien los restantes colaboradores no se pronuncian en esta ocasión de un modo tan explícito ni extenso al respecto, a lo largo de su vida y de sus respectivas trayectorias expresan opiniones que bien pueden traerse a colación para propiciar un fructífero diálogo.

Las ideas de Florencio Varela —quien sólo publica en el periódico un ensayo sobre el poeta argentino Florencio Balcarce<sup>47</sup>— sobre la literatura peninsular pueden rastrearse, entre otras fuentes, en una carta que resulta particularmente significativa, ya que está dirigida a Juan María Gutiérrez con motivo del discurso que pronunciara aquel en la apertura del Salón Literario<sup>48</sup>. En dicha epístola —fecha el 1° de agosto de 1837—, Varela destaca el discurso de Gutiérrez, pero se permite señalarle «varios errores» de los que, a su juicio, adolece (Moglia y García 1979, pág. 200). La opinión de Gutiérrez sobre la literatura española sería uno de ellos:

46. Las palabras tan citadas de Alberdi en *La Moda* son elocuentes: «No somos ni queremos ser *románticos*. [...] porque el *romantismo* de origen feudal, de instinto insocial, de sentido absurdo, lunático, misántropo, excéntrico [...] por ningún título es acreedor a las simpatías de los que quieren un arte verdadero y no de partido, [...] que expresa el sentimiento público y no el capricho individual, que habla de la patria, de la humanidad, de la igualdad, del progreso de la libertad [...] y no de la perla, de la lágrima, del Ángel, de la luna, de la tumba, del puñal, del veneno, del crimen, de la muerte, del infierno, del demonio, de la bruja, del duende, de la lechuza, ni de toda esa cáfila de zarandajas cuyo ridículo vocabulario constituye la estética romántica» («Al Anónimo del Diario de la Tarde», *La Moda* N° 8 de enero de 1838, pág. 3, col. 2 y pág. 4, col. 1). Las cursivas pertenecen al original.

47. «Poesía», *El Iniciador* N° 8, tomo 1, 1° de agosto de 1838, págs. 168-170. Cané atribuye el artículo —sin firma— a Florencio Varela (Vedia y Mitre, pág. 80).

48. La citada carta está recogida en el tomo I del *Epistolario* de Gutiérrez, editado por la Biblioteca del Congreso de la Nación (Moglia y García 1979, págs. 199-203), cuya versión seguimos, así como también en el estudio de Weinberg sobre el Salón Literario (1977, pág. 187-193).

Juzgo también muy exagerado lo que el Dr. Gutiérrez dice acerca de la falta absoluta de buenos libros españoles. En cuanto a mí, creo que los españoles no tienen nada, nada, en ciertos géneros, pero que tienen mucho bueno en otros. En la poesía lírica, por ejemplo, creo que podrían citarse muchas piezas capaces de sostener el parangón con las mejores extranjeras, muchas que dejan en el alma esa impresión que dejan las de Lamartine y Byron y que el Dr. Gutiérrez dice que no ha sentido leyendo poetas españoles (Moglia y García 1979: 201).

La moderación en el artículo de Gutiérrez sobre Meléndez, que se pone de manifiesto en la afirmación sobre la existencia de ilustres poetas españoles y en el rescate del escritor español, es un signo de que su opinión ha variado sensiblemente, al punto de que podríamos afirmar que en dicho artículo se acusa el impacto de la crítica de Varela<sup>49</sup>.

Seguramente Florencio Varela habría desarrollado más extensamente este punto de vista sobre la literatura española en las páginas de *El Iniciador*, de haber tenido la oportunidad de hacerlo. No obstante, sus lazos con el periódico no eran tan sólidos ni su compromiso con la empresa era tan fuerte. Si bien tenía prácticamente la misma edad que los jóvenes del 37, sus ideas políticas y estéticas eran muy diferentes. Con respecto a las divergencias entre Varela y Gutiérrez, Weinberg señala que ideológicamente los separa un abismo: «por la pluma de don Florencio hablaban los hombres que, en concepto de los jóvenes, había cumplido ya su misión y debían ceder paso a una promoción renovadora» (Weinberg 1977, pág. 76)<sup>50</sup>. Como afirma Sarlo, la defensa de la literatura española que sostiene Varela en su carta a Gutiérrez está determinada por «sus reservas frente al romanticismo europeo [...] y su escepticismo acerca de la actividad de nuestros románticos», así como por su gusto por la poesía neoclásica (Sarlo, pág. 114).

En una posición semejante a la de Florencio se encuentra su hermano Juan Cruz Varela, aunque en su caso sí existe cierta diferencia de edad con los jóvenes letrados de *El Iniciador*. Vinculado como Florencio a la estética clasicista<sup>51</sup>, también publica un solo texto en el periódico: un poema en versos

---

49. De modo semejante, Rodríguez Martín afirma que el interés de Gutiérrez por la literatura española estaba motivado, entre otros factores, por «las amonestaciones de Florencio Varela (quien incluía a Meléndez en su lista de autores preceptivos)» (Rodríguez Martín, pág. 460).

50. Weinberg afirma que la polémica entre «las dos primeras generaciones argentinas» alcanza con esta carta —a la que analiza entre las críticas contemporáneas al Salón Literario— «su punto más alto» (Weinberg 1977, pág. 75).

51. Para Rodó, el clasicismo de los Varela es un «eco del degenerado clasicismo del siglo XVIII, en toda su entereza dogmática, en toda su intolerancia esencial» (Rodó, pág. 698).

sáficos titulado «De la muerte del poeta. (Correspondencia)»<sup>52</sup>. Podemos recuperar su opinión sobre la literatura española en una serie de artículos publicados por entrega en el diario *El Tiempo*<sup>53</sup>, donde se propone abordar la cuestión de la literatura nacional, las dificultades que impiden su concreción y los caminos y medios que deberían seguirse para revertir esta situación<sup>54</sup>. Uno de los principales problemas que detecta es la ignorancia y defectuoso dominio del idioma castellano. Para paliar este mal recomienda «familiarizarse con los buenos escritos españoles» (Weinberg 1964, pág. 49). Si bien reconoce que la literatura de la península es «pobre», aclara que

no carece de modelos perfectos, pero es menester saberlos escoger. [...] Abramos *El Español*, de Blanco White, repasemos los escritos de Jovellanos, leamos las odas de Quintana, empapémonos en la lectura de Meléndez, consultemos *Los Árabes*, el *No me olvides*, y los varios escritos que conocemos de su ilustrado autor [José Joaquín de Mora] [...] Repasemos después las comedias del inmortal Moratín [...] (Weinberg 1964, pág. 49)<sup>55</sup>

Este canon de Varela, fragmentario e incompleto en cuanto sólo se propone a modo de ejemplo<sup>56</sup>, coincide en algunos nombres con los que se entrecruzan en *El Iniciador*: Jovellanos, Meléndez, Quintana. Juan María Gutiérrez, en el estudio que consagra a la vida y obra de Juan Cruz Varela, señala que «Entre los poetas líricos modernos su modelo y su guía fue Quintana» (Gutiérrez 1871, pág. 247), y que entre ambos existía una afinidad no sólo estilística sino también ideológica (Gutiérrez 1871, pág. 248). La admiración por Quintana constituiría entonces un punto de contacto —tal vez sutil y frágil— entre las posturas de Varela y de Mitre.

Juan Bautista Alberdi, al contrario de los Varela, es un colaborador frecuente de *El Iniciador*. Ya mencionamos sus artículos firmados como *Figarrillo*, así como también sus textos donde manifiesta su «reacción contra el

52. *El Iniciador* N° 2, tomo 1, 1° de mayo de 1838, pág. 31. El poema está firmado con las iniciales «J.C.V.». Cané se lo atribuye a Juan Cruz Varela (M. de Vedia y Mitre, pág. 80).

53. *El Tiempo. Diario político, literario y mercantil*, dirigido por el propio Varela, se publica entre el 1° de mayo de 1828 y el 1° de agosto de 1829 (Weinberg 1964, pág. 31).

54. «Literatura nacional» se publica en cinco partes en los siguientes números de *El Tiempo*: 36 (14 de junio de 1828, pág. 2, cols. 1-3 y pág. 3, cols. 1-2), 44 (25 de junio de 1828, pág. 2, col. 3 y pág. 3, cols. 1-3), 49 (1° de julio de 1828, pág. 2, col. 2 y pág. 3, cols. 1-2), 51 (3 de julio de 1828, pág. 3, cols. 1-3 y pág. 4, col. 1) y 68 (23 de julio de 1828, pág. 3, cols. 1-3 y pág. 4, cols. 1-2). Seguimos la edición de los artículos realizada por Félix Weinberg (1964).

55. Las cursivas pertenecen al original.

56. Weinberg indica que desde su exilio Varela difundió «una nómina más amplia de las autoridades en bellas letras», en la que figuran varios autores españoles (Weinberg 1964, págs. 36-37).

españolismo». No obstante, no expresa en este espacio ninguna opinión concreta sobre la cuestión específica de la literatura española. En su autobiografía, titulada *Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina*, escrita en la década de 1870, podemos encontrar una explicación de este silencio. Alberdi realiza en este texto una suerte de *mea culpa* y revisa su postura frente a la lengua y a la literatura hispanas. Reconoce que su prevención «contra todo lo que era español, me enemistaba con la lengua castellana» (Alberdi 2010, pág. 182). Al mismo tiempo, confiesa su ignorancia al respecto: «Falto de cultura literaria, no tenía el tacto ni el sentido de su belleza» (Alberdi, pág. 182). En el mismo texto parece incurrir en una contradicción al afirmar en otro pasaje que no frecuentó los autores españoles «no tanto por las preocupaciones anti-españolas [...] como por la dirección filosófica de mis estudios. [...] La poesía, el romance y la crónica, en que su literatura es tan fértil, no eran estudios de mi predilección» (Alberdi, págs. 190-191). Confiesa, finalmente, que «más tarde se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España» (Alberdi, pág. 191).

Sea por una cuestión de aficiones y gustos personales, sea por motivos ideológicos —que en última instancia determinan aquellas aficiones y gustos—, la actitud de Alberdi parecería haber pecado en cierto sentido de la arrogante ignorancia que le habían atribuido sus críticos<sup>57</sup>. Por otra parte, el reproche ya citado de Mitre a Echeverría —uno de esos jóvenes que «desprecian todo cuanto es Español», guiados por un «espíritu de parcialidad» (Pagés Larraya, pág. 188)— podría hacerse extensivo sin problemas al menosprecio hacia la literatura española manifestado por Alberdi. Reiteramos que, de todos modos, en las páginas de *El Iniciador* no escribe ningún artículo específico sobre esa materia, que, como él mismo confiesa, no dominaba<sup>58</sup>.

---

57. Entre estas críticas, podemos citar la de Florencio Varela, quien afirma, en la carta a Gutiérrez ya mencionada, que Alberdi «Se ha apresurado muchísimo a escribir, y publicar antes de estudiar» (Moglia y García, pág. 199). Por su parte, el coronel Tomás de Iriarte, algunos años más tarde, le dedica palabras semejantes a los colaboradores de *El Corsario*, periódico efímero publicado por Alberdi en 1840: «sus redactores pertenecen a la escuela humanitaria: bien pudieran ir a la escuela a aprender a escribir. [...] ¡Pobres mozos! estudien asiduamente, sean moderados, destierren la pedantería y originalidad petulante, y podrán escribir bien con el tiempo» (Iriarte 1948, pág. 185).

58. No había mostrado, sin embargo, la misma prudencia en las páginas de *La Moda*, donde habría afirmado que «La juventud industrial se aburre de leer el Quijote, y la España no puede darle unos *Diarios de Santa Helena*, una *Nueva Eloisa*, un *Curso de política constitucional*, una *Teoría de la Democracia Americana* &c.» («Literatura española», *La Moda* N° 6, 23 de diciembre de 1837, pág. 3, col. 1).

## Diálogo entre lectores

Los letrados nucleados en torno a *El Iniciador* conforman un grupo complejo. Reducir su pensamiento a una doctrina o sistema homogéneo, compartido absolutamente por todos, es una empresa arriesgada. Naturalmente, Lamas y Cané, al frente de la redacción en cierta forma determinan, o aspiran a hacerlo, una línea editorial coherente. Los postulados que caracterizan dicha línea se vinculan con las ideas del socialismo utópico o *romanticismo socialista*, que rechaza una estética romántica concebida como individualista y carente de perspectiva y miras humanitarias<sup>59</sup>. No obstante, las páginas del periódico acogen en su seno a intelectuales como los hermanos Varela, que no concuerdan con el espíritu de regeneración radical que anima a estos jóvenes y descreen de su capacidad para completar la gran empresa de la independencia mental y la forja de una literatura y una cultura nacionales. Incluso otros escritores, estética e ideológicamente cercanos a la redacción, como Juan María Gutiérrez, se revelan de pronto distantes. A pesar de haber sido un estrecho colaborador en las tareas de edición del periódico<sup>60</sup>, treinta años después contempla al grupo como si él no hubiera participado de sus ideas y proyectos<sup>61</sup>.

Naturalmente, estas diferencias se manifiestan también en las posturas frente a la literatura española. Si bien no todos los letrados involucrados en *El Iniciador* se expresan sobre esta cuestión, sus opiniones —pronunciadas en diversas ocasiones y a través de medios también diversos— circulan subrepticiamente por sus páginas y laten en el espacio de lo no dicho. Incluso algunas de estas opiniones ausentes contribuyeron tal vez a moldear o modificar las de aquellos que sí escribieron en el periódico sobre las letras de España, como es el caso de la crítica de Florencio Varela al discurso de Gutiérrez.

En este diálogo entre lecturas e interpretaciones prevalece cierto consenso en el juicio de la literatura española como pobre, mediocre, artificiosa. Este juicio se articula ideológicamente con la matriz del pensamiento

59. Son elocuentes en este sentido las afirmaciones de Cané sobre romanticismo en su artículo «Literatura» (*El Iniciador* N° 3, tomo 1, 15 de mayo de 1838, pág. 50, col. 2) y de Alberdi en «Del arte socialista (fragmento)» (*El Iniciador* N° 5, tomo 1, 15 de junio de 1838, págs. 36-37). Cfr. nuestro artículo «Clasicismo y romanticismo en *El Iniciador*» (2012b).

60. Así lo atestigua una carta que le dirige Cané el 23 de junio de 1838 (Moglia y García, págs. 208-209).

61. En su estudio sobre Juan Cruz Varela, Gutiérrez afirma que «[*El Iniciador*] representaba en las dos márgenes del Plata, las intenciones sociales y literarias de los jóvenes conocidos entonces con el nombre de románticos. Distinguíales un sentimiento orgulloso de suficiencia, un gran desdén de los *viejos*, y es forzoso decirlo, una cultura literaria incompleta» (Gutiérrez 1871, pág. 328).

independentista, representado por las figuras de los Varela pero también por los que asumen las ideas de la gloriosa generación de Mayo como un legado y una misión que debe ser completada. La exaltada retórica anti-hispanista impregna entonces el discurso de estos intelectuales, pero no impide que afloren gestos de admiración y de recuperación convencida, gestos que, sin embargo, son consecuentes con aquel pensamiento de la independencia. Las personalidades cuasi-míticas de Larra, Jovellanos y Quintana, así como sus textos encendidos en defensa de la libertad y el progreso, son convocados a menudo en las columnas del periódico.

Más allá de cierto consenso, hay diferencias de grados y matices en la conformación de los múltiples canones. Larra es entronizado por Alberdi, que se cuenta entre sus principales promotores y seguidores, sin que por ello resigne —al menos en ese momento de su trayectoria— su radical postura en contra de la literatura española. Mitre le reprocha a Echeverría una actitud semejante a la de Alberdi, aunque dicha crítica parece constituir más bien un distanciamiento retórico, un gesto simbólico de posicionamiento polémico frente a la figura consagrada del vate romántico por antonomasia para beneficiarse de su aura y lograr llamar la atención sobre su propia persona y obra. Gutiérrez, por su parte, no desestima la tendencia epicúrea y anacreóntica de Meléndez Valdés, acercándose en este punto a las predilecciones estéticas de los hermanos Varela, de corte neoclásico. Mitre, si bien no opina directamente sobre Meléndez ni tampoco lo menciona —lo cual no deja de ser significativo— declara en su homenaje a Quintana su rechazo de ciertos géneros (elegías, anacreónticas, bucólicas) vinculados al neoclasicismo y a las preceptivas clásicas. En este sentido, sus palabras resuenan como una respuesta a la valoración de Gutiérrez. En ese rechazo, Mitre manifiesta una postura más cercana al romanticismo innovador e iconoclasta y a las ideas de Echeverría, de quien parece tomar prestadas algunas palabras.

Este entrecruzamiento de opiniones y propuestas canónicas contribuye a la configuración de *El Iniciador* como un espacio de convivencias y tensiones. Un escenario donde la literatura española se hace presente como un núcleo conflictivo que determina posicionamientos, ya sean explícitos, ya se disfracen de la elocuencia de lo tácito.

## Bibliografía

- ALBERDI, Juan Bautista. 2010. *Palabras de un ausente y otros escritos íntimos*, Buenos Aires, Emecé.
- ARRIETA, Rafael Alberto. 1980. *La literatura argentina y sus vínculos con España*, Buenos Aires, Librería y editorial Uruguay.

- AA.VV. 1938. *La Moda. Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres. Reimpresión facsimilar*, Buenos Aires, Kraft.
- AA.VV. 1941. *El Iniciador. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Kraft.
- BOLK, Christine. 1998. «Concepciones de Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi para la formación de una identidad literaria argentina», en ed. Dieter JANIK, *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, págs. 254-258.
- ECHEVERRÍA, Esteban. 1837. *Rimas*, Buenos Aires, Imprenta Argentina.
- ECHEVERRÍA, Esteban. 1956. *Dogma socialista y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Estrada.
- GARCÍA GONZÁLEZ, José Enrique. 2005. «Consideraciones sobre la influencia de Walter Scott en la novela histórica española del siglo XIX». *CAUCE. Revista Internacional de Filología y su Didáctica* 28, págs. 109-119.
- GUTIÉRREZ, Juan María. 1871. *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan de la Cruz Varela*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- GUTIÉRREZ, Juan María. 1997. «La literatura de Mayo», en sel. Teodosio FERNÁNDEZ, *Teoría y crítica literaria de la emancipación hispanoamericana*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», págs. 191-202.
- IRIARTE, Tomás de. 1948. *La tiranía de Rosas y el bloqueo francés, Memorias*, tomo VI, Buenos Aires, Ediciones Argentinas SIA.
- KATRA, William. 2000. *La generación de 1837. Los hombres que hicieron el país*, Buenos Aires, Emecé.
- LORENZO ÁLVAREZ, Elena de. 2002. *Nuevos mundos poéticos: la poesía filosófica de la Ilustración*, Oviedo, Universidad de Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII.
- MAÍZ, Claudio. 2011. «Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales: Redes de difusión en el romanticismo y el modernismo». *Cuadernos del Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana* 12, 14, págs. 75-91.
- MARTINO, Luis Marcelo. 2012a. «Relato polémico de un cruce entre «amigos»: *El Corsario / El Correo* (Montevideo, febrero-marzo de 1840)», en dir. Diego JARAK, Amitiés. *Le cas des mondes Américains. Cahiers des Amériques — Figure de l'Entre*, vol. 1, Tensions, La Rochelle, La Promenade, págs. 187-195.
- MARTINO, Luis Marcelo. 2012b. «Clasicismo y romanticismo en *El Iniciador*». *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos* 13, en <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/4239>.
- MELÉNDEZ VALDÉS, Juan. 1797. *Poesías*, tomo primero, Valladolid, Viuda e Hijos de Santander.
- MOGLIA, Raúl J. y GARCÍA, Miguel O. (eds.). 1979. *Archivo del Doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario*, tomo I, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación.

- MOLINA, Eugenia. 2002. «Las modernas prácticas asociativas como ámbitos de definición de lazos y objetivos políticos durante el proceso revolucionario (1810-1820)». *Universum* 16, págs. 407-437.
- MOLINA, Eugenia. 2011. «Sociabilidad y redes político-intelectuales: Algunos casos entre 1800 y 1852». *Cuadernos del Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana* 12, 14, págs. 19-54.
- MUJICA LÁINEZ, Manuel. 2000. *Miguel Cané (padre). Un romántico porteño*. Buenos Aires, El elefante blanco.
- MYERS, Jorge. 2005a. «La revolución en las ideas: la generación de 1837 en la cultura y en la política argentinas», en dir. Noemí GOLDMAN, *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. *Nueva Historia Argentina*, Tomo III, Buenos Aires, Sudamericana, págs. 381-445.
- MYERS, Jorge. 2005b. «Los universos culturales del romanticismo. Reflexiones en torno a un objeto oscuro», en eds. Graciela BATTICUORE, Klaus GALLO y Jorge MYERS, *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, págs. 15-46.
- NAVAS-RUIZ, Ricardo. 1970. *El Romanticismo español. Historia y crítica*. Salamanca, Anaya.
- PEERS, E. Allison. 1967. *Historia del movimiento romántico español*, tomo primero, Madrid, Gredos.
- PRADERIO, Antonio. 1962. *Índice cronológico de la prensa periódica del Uruguay 1807-1852*, Montevideo, Instituto de Investigaciones Históricas. Disponible en (<http://www.periodicas.edu.uy>).
- RAMA, Carlos M. 1977. «El utopismo socialista en América Latina», en comp. Carlos M. RAMA, *Utopismo socialista (1830-1893)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, págs. IX-LXVII.
- RODÓ, José Enrique. 1967. «Juan María Gutiérrez y su época», en *Obras completas. Obra póstuma: Escritos de la «Revista Nacional» — «El Iniciador»*, vol. VII, Madrid, Aguilar, págs. 839-855.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, Bárbara. 2005-2006. *Juan María Gutiérrez y su contribución periodística (1833-1852) a la crítica cultural hispanoamericana*, La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna.
- RUIZ OTÍN, Doris. 1983. *Política y sociedad en el vocabulario de Larra, Pensamiento español contemporáneo*, vol. 2, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- SARLO, Beatriz. 1967. *Juan María Gutiérrez: historiador y crítico de nuestra literatura*, Buenos Aires, Editorial Escuela.
- VALERO JUAN, Eva M. 2011. «La impronta de Larra en Hispanoamérica en el bicentenario de la independencia», en eds. Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, José María FERRI COLL y Enrique RUBIO CREMADES, *Larra en el mundo. La misión de un escritor moderno*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, págs. 345-358.

- VEDIA Y MITRE, Mariano de. 1941. «El Iniciador y la generación de 1837», en AA.VV. *El Iniciador*. Edición facsimilar, Buenos Aires, Kraft.
- WEINBERG, Félix. 1964. «Juan Cruz Varela, crítico de la literatura nacional». *Boletín de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Humanidades* 1, 1, 1964, págs. 29-63.
- WEINBERG, Félix. 1977. *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sastre — J. B. Alberdi — J. M. Gutiérrez — E. Echeverría*, Buenos Aires, Hachette.
- ZINNY, Antonio. 1883. *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay 1807-1852*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo. Disponible en <http://www.periodicas.edu.uy>.
- ZULETA, Emilia de. 1984-1985. «Las interrelaciones literarias entre la Argentina y España». *Boletín de Literatura Comparada* IX-X, págs. 59-80.

Fecha de recepción: 04/07/2013

Fecha de aceptación: 02/09/2013